

Expresión y penumbra

S Se ha dicho alguna vez que la escritura busca el sosiego que requiere el orden mental y que este aparente reposo detiene el pensamiento; pero, por fortuna, la escritura se dirige hacia la liberación y es también una manifestación del mundo interior que propicia la creación. Al parecer, todo texto es un pretexto puesto que subyacen en él los estímulos y las razones que motivaron su escritura; es intemporal y anacrónico, ya que su historia agonizó en el instante en el que fue escrito, pero no agota en sí mismo su propio anacronismo cuando manifiesta su capacidad de transgredir las fronteras espacio-temporales en las que se gestó. Así pues, todo texto debería ser un territorio neutral en el que irrumpen el pasado cultural y el presente del lector.

Posiblemente, si hacemos fluir a los textos en el río del lenguaje que los arrastra, encontraremos su sentido y hallaremos la voz perdida en el aparente silencio del texto. En *Del reino del sol*, la voz de M. Zambrano recoge el eco de las voces que la precedieron y se eleva de nuevo en su exaltada profundidad para señalarnos el camino del saber y del vivir.

Una vez más, las palabras de M. Zambrano se interfieren en el tejido de nuestro conocimiento para situarnos en senderos poco adictos a lo convencional e incomodar nuestro ánimo al propiciar una mirada distinta.

A través *Del reino del sol*, se nos sugiere pensar la dimensión artística desde las fisuras que genera el propio acontecer; así pues, frente al orden representativo, se plantea el arte

desde la hipótesis expresiva. Desde ella, el arte es algo así como un proceso de renovación y expulsión cuyo carácter necesario estaría vinculado a su propia estructura, de modo que su dinámica revelaría su necesidad. Emerge como cristalización cuya dinámica se genera en el contraste y en la valoración de lo no empírico, concebido como aquello capaz de mostrar lo que se escapa. Posee en sí mismo una dimensión comunicativa –en él se median lo universal y lo particular– que posibilita la experiencia estética, es por lo tanto diálogo y comunicación, pero también es comunicación de lo que no se puede comunicar. De modo que revela lo que permanece oculto y expresa lo indecible a través de la forma, y tal vez en esta posibilidad yace su grandeza, su generosidad e inestabilidad.

Zambrano pide salvar el momento espontáneo en la producción artística y el contenido enigmático del arte. Así, paradójicamente, las formas que lo hacen posible son también las que permiten ver en él algo oculto e intuir que la dimensión artística encierra por sí misma un momento espiritual que supone la difícil mediación de la subjetividad.

Desde la hipótesis expresiva, la dimensión artística resulta ser también un posible camino de salvación. Asumir esta realidad implicaría de algún modo aceptar que el destino del arte, lejos de pretender mejorar la realidad, reducirla y anquilosarla, consistiría en estar permanentemente enamorado de la imperfección y del caos que contiene el viaje existencial. Así pues, su redención permite entender que su sentido anida no solo en su profundidad, sino también en su elevación. Se

revela como expresión y purificación y por lo tanto, como salvación, ya que a través de él, la realidad se redime y se libera en el instante mágico del silencio.

Así pues, a través de la dimensión artística nos situamos en el nivel expresivo. Dice Zambrano:

“ . . . Pensamientos hay que pintan un paisaje de ilimitadas dimensiones, y aún fuera del reino de la extensión. La penumbra, la sombra, el claroscuro, el tiempo diferente en que se instala la pintura la acercan a lo intangible, a la música, librándola, tantas veces, de ser garabato.

Sólo en las penumbras, en las sombras, anida la liberación, para el mismo sol, de ese su propio reino que le aprisiona, a él mismo, con su propio poder.”

Se intuye pues una voluntad y una propuesta de rasgar el límite del nivel simbólico para transgredir las fronteras e ir más allá de lo simbólico; se nos sugiere sumergirnos, pues, en un ámbito interior en donde lo convencional actúe sólo como espacio externo. A través de la metáfora del sol, se sugiere reconsiderar la realidad como una representación reconocida por nosotros en la medida en que está traducida por nosotros, y desde esta consideración, la dimensión artística permite desplazar la noción de representación para plantear la hipótesis expresiva.

Así pues, el nivel expresivo que nos descubre el arte exalta lo que permanece oculto, y lo que permanece oculto yace en el ámbito de la penumbra. M. Zambrano, a través de una metáfora, reclama el espacio de la penumbra, y quizá podríamos preguntarnos por qué lo hace desde una metáfora . . . Al parecer, el pensamiento zambraniano se aleja a menudo de la pura abstracción para encarnarse en imágenes plásticas. Posiblemente alude aquí a la metáfora porque la concibe como una revelación que está en el fundamento de toda cultura y que la

representa. La metáfora es también la supervivencia de algo anterior al pensamiento, contiene ecos de tiempos sagrados y por lo tanto es una continuidad con épocas anteriores.

Nuestra pensadora, lejos de pensar en la metáfora como una figuración retórica más o menos ornamental, la utiliza para referirse a las imágenes reveladoras que palpitan en el inconsciente colectivo e individual, y que afloran algunas veces, expresando la cosmovisión de una cultura y la condición del ser humano. Son imágenes que configuran la historia y la mitología de los pueblos y de los individuos, porque son manifestaciones de su espíritu, de su ser. Nos atraen porque resultan elocuentes en su plasticidad, se ven y se sienten intuitivamente y superan constantemente el imperativo de la razón. Por ello, se les asigna la función de definir realidades inabarcables por la razón –incapaces de alcanzar una definición racional- pero propicias a ser captadas de otro modo. Se captan como iluminaciones porque son producto de un reconocimiento. Son vestigios de lo divino y quizá fruto del reconocerse entre la faz invisible de la realidad y el eco interior que le devuelve su forma. De modo que el eco resultaría de la voz exterior que lo suscita y del ámbito interior que lo modula.

Así pues, desde una metáfora –reino del sol- despertamos al mundo de las sombras, escapamos a los tentáculos del tiempo y, frente a la miseria cotidiana, descubrimos nuevos impulsos para aproximarnos a la realidad. Se nos propone, pues, un modo de aproximarnos a la realidad que tiene que ver con el espacio de la penumbra concebida como símbolo de vitalidad y como lugar excepcional de libertad y reconocimiento. Zambrano sugiere la penumbra como ámbito que propicia el despertar, y en este despertar re-nacer; pero sospecha también que sólo es posible el renacimiento desde las entrañas y, puesto que las heridas son síntomas de evolución, este ámbito de obscuridad resulta primordial para atisbar el anhelo de claridad. Así, en este tránsito seductor de la

penumbra a la luz se vislumbra, se revela y se ama el sentido trágico del acontecer.

Parece que la hipótesis expresiva -frente a la representativa- y el ámbito de la penumbra provocan una mirada distinta, nos sitúan en otro lugar. Y M. Zambrano, en este texto, nos concede la posibilidad y la libertad de despojarnos para sorprendernos una y otra vez de nuestra condición.

Al parecer, en el fundamento de la realidad pluridimensional en la que se inscribe la existencia humana, el anhelo de luz y la exigencia de claridad responden a un deseo de unidad que desde siempre pugna por una recuperación. Pero tal vez, ésta no pueda darse directamente sino mediatizada por el vertiginoso espacio del por qué, del preguntar . . . y este espacio es también la penumbra. Se sabe que el movimiento existencial es pura gratuidad, y solo resulta negativo cuando *las cosas* son todo el horizonte, es decir, cuando el hombre carece de la capacidad de retracción que

supone una visión más amplia alejada del precario hábito cotidiano. Posiblemente esta visión no dependa tanto de la naturaleza de las cosas cotidianas como de la manera como el individuo profundiza y juega con ellas, pues no por jugar pierde importancia el juego, sino todo lo contrario. De modo que existen muchas maneras de estar con la realidad y esto se siente y se ve cuanto más consciente se está del juego.

M. Zambrano considera que el hombre debería ser capaz de mantener la distancia adecuada con la realidad y a la vez implicarse con ella para establecer una relación equilibrada con los acontecimientos. Se nos pide, pues, reconciliarnos con el vacío para aceptar el tránsito y asumir el salto de un ámbito a otro; se nos sugiere, al fin, reconocer que este salto es un salto cualitativo de carácter trágico en el que predomina la angustia y el deseo, concebidos como vacíos que se manifiestan a través de síntomas que reflejan la insatisfacción permanente del ser humano.



Maribel Fraguas, *Puerto Chico*

Parece que en la penumbra el hombre despierta de sus somnolencias cotidianas y descubre el forcejeo del *logos* cuando intenta domesticar una realidad que le sobrepasa infinitamente. Tal vez, vivir exija una tensión interior necesaria para asumir que a menudo nos sentimos alejados de lo que somos y nos instalamos en lo que construimos.

En la penumbra, el hombre se reconocería como aquel ser que debería aprender a vivir bajo el reconocimiento de que nada se inventa y todo se descubre, puesto que impera el anhelo de vivir pero morimos, existe la

ilusión de desear pero sufrimos . . . y así entre el juego de la vida y de la muerte morimos viviendo.

Desde la penumbra, parece que se podría llegar a sospechar que si no creemos totalmente en el pensamiento siempre anidará un resquicio de salvación; y se podría llegar a intuir que la vida sin plasticidad y sin ambigüedad carece de sentido, tal vez por fortuna la vida sólo tenga sentido como aspiración. Sea como fuere, la penumbra nos descubre, al fin, la sabiduría de una realidad mucho más ambivalente y mucho menos escindida.